



#### REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO I.—NÚM. I.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, libreria de la Aurora, Navas, 24.

#### SUMARIO.

La esposa católica, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Jesus dormido, poesía, por id.—El párroco de la aldea, por id.—A una niña, poesía, por id.—¡Solo un Dios y solo un culto! por id.—Seccion infantil, por id.—Variedades, por id.

#### LA ESPOSA CATÓLICA.

Hay en el ancho y fecundo valle de la vida una flor de vistosa y galana apariencia, que enamora y seduce con sus brillantes y varios colores; pero cuyo cáliz, exento de dulces perfumes, careciendo de productiva y generosa savia, ni embalsama el aire en derredor, ni vierte en el espacio la suave influencia de su aroma.

Estas flores ocultan á veces en su seno crueles y punzadoras espinas que desgarran la mano que se posa en ellas, produciendo heridas incurables que hacen dolorosa la existencia y destruyen el porvenir. Ellas tambien gozan una efímera ventura, pues solo son flores de un dia, que el más ligero soplo de viento deshoja, que el más templado rayo de sol marchita.

Acaso no faltará alguno que al fijar su vista en estas frases, comprenda como nosotros, que esa flor sin aroma, esa flor de tan frágil belleza, planta parásita é inútil, es la mujer cuya alma no guarda como un tesoro el perfume divino de la virtud y de la fe.

¿Qué es la hermosura del rostro sin el atractivo irresistible de la belleza del alma? una flor sin esencia; un trasparente copo de blanca espuma: agrada á la vista, encanta á los ojos; pero sin interesar al corazon, se deshace por sí misma, trocándose en nada al más ligero contacto.

La mujer, creada por Dios para ser la tierna y amante compañera del hombre; elevada á la dignidad de madre, ú ostentando sobre su frente el dulce titulo de esposa, tiene grandes deberes é imprescindibles y sagradas obligaciones que cumplir sobre la tierra.

Deberes que se asemejan á una gran máquina compuesta de cien piezas, regularizada por cien resortes: romped cualquiera de ellos, quitadle uno solo, y el todo quedará defectuoso é inútil.

Dad á una mujer algunos atractivos, concedlel dotes, virtudes; pero suponedla frívola,



calculadora, egoísta, y esa mujer, no solo no podrá hacer la felicidad de su esposo y de sus hijos, sino que contribuirá á su desgracia.

Acaso se nos tache de demasiado exigentes ó rígidos en este punto; pero para aquella que reina en el hogar, que dirige las familias, que forma el alma de los hijos; las mayores perfecciones, las más nobles cualidades son á nuestro juicio pocas.

Nosotros juzgamos que toda, ó la mayor parte de la dicha del hombre, está en la mano de la mujer.

No porque una esposa no manche el nombre de aquel que la ha confiado su honra, se la debe llamar virtuosa: no porque una mujer guarde su decoro y su buen nombre en sociedad, se la debe apellidar buena.

No se envanezcan, pues, por esto las que tal hacen; no se crean perfectas por ello, ni superiores á las demás; no aspiren por eso á mayor gloria, puesto que los afanes y el remordimiento de que se libran, son suficientes para recompensarlas de esta virtud.

Para que una esposa llene cumplidamente su misión, ha de saber plegar sus gustos, su voluntad y sus deseos, á los deseos, á la voluntad y á los gustos de su esposo: ha de renunciar á las frivolidades del lujo, abismo sin fondo donde van á parar las fortunas, el porvenir y acaso la honra de muchas desgraciadas. Ha de olvidar para siempre las vanas adulaciones del mundo, las insensatas aspiraciones de la vanidad, escollo terrible donde van á estrellarse la tranquilidad, la paz del corazón, y tal vez el alma de esas alucinadas sacerdotisas del oropel y de la farsa.

El matrimonio es una cadena inquebrantable, un sello perpétuo que mano alguna puede levantar; pero es también un lazo de flores, cuando la lealtad, la virtud y la dulzura son las bases en que se apoya.

¡Ay de aquellas que no guardan en su alma estas perfumadas é inmarchitas flores! ¡Ay de aquellas que son intolerantes, orgullosas: que no saben que el más hermoso atributo del corazón es olvidar las ofensas y conceder el perdón!

La antorcha de su himeneo se convertirá bien pronto en la tea de la discordia; el ángel de la paz abandonará bien pronto el asilo que debía cubrir con sus alas, dejando su lugar á las lágrimas, al dolor y al tardío é inútil arrepentimiento.

El esposo que al buscar al lado de la mujer á quien se unió ante Dios, consuelo para sus dolores, indulgencia para sus faltas, esperanza para los azares que le ofrece la vida;

halla solo en ella desvío, falsedad é intolerancia, no es extraño á fe que de amigo se convierta en tirano, de compañero en señor absoluto, ó que no encontrando bajo su techo el amor, la bondad y el cariño que demanda, huya lejos de él, y de buen padre y buen esposo, se trueque en un ser culpable que olvide los deberes que contrajo al pié del altar.

Y entonces ¿qué responderá esa mujer cuando Dios la pida estrecha cuenta de aquel corazón, de aquel porvenir que confió á su cuidado?

Cuando una mujer también se lanza en pos de las fiestas, de los placeres, de los saraos; é invierte la suma que podía asegurar la suerte de sus hijos en un diamante, en una cinta, en una blonda: cuando confía á las prendas de su alma en manos extrañas, en vez de poner en sus labios las primeras plegarias cristianas, en vez de velar su sueño y de escudar sus frentes bajo la sombra bendita de la augusta cruz; si esos hijos pierden la cándida inocencia que ella debía guardar; si en sus almas siembran la semilla del mal, y esa semilla produce algún día envenenados frutos, ¿qué responderá esa madre cuando el Eterno la pregunte, qué ha hecho de aquellos ángeles que puso bajo su custodia? ¿Qué importa que haya cubierto de galas el seno de sus hijos, qué importa que haya ornado de flores sus frentes, si bajo aquellas galas no late un corazón cristiano, si bajo aquellas flores no se agita el pensamiento de Dios?

¿Por ventura habrá cumplido con su santa misión cuando pueda decir, «me admiran en sociedad; no arrastro por el lodo el nombre de mi esposo; mis hijos tienen trajes, abrigo, cuidados que les compro?»

No; ¡mentira! la que tal crea se engaña: no es esto solo lo que debe, lo que puede hacer una mujer.

Antes que los deberes de la cabeza, están los deberes del corazón. Antes que la materia es el espíritu.

¿Quereis saber cuál es la senda que Dios ha marcado á la mujer? ¿quereis saber cuál es el destino que el cielo ha fiado á sus manos, al ceñir á su frente el velo de esposa, y al rodear sus sienes con la corona de madre? escuchad:

Debe ser la humilde violeta que enbalsame con su dulce aroma cuanto tiene en derredor; pero ocultándose siempre entre el manto de la modestia. Debe ser el serafín de los consuelos divinos, que envuelva entre sus alas y enjague con su veste las dolientes lágrimas de los seres que la rodean. Debe ser el rayo de sol que ilumine su hogar, la gota de rocío que refres-



que la sien del compañero de su vida: el árbol frondoso á cuya sombra pueda reposar. Debe ser el ángel custodio de sus hijos, el escudo que los proteja, la luz que los ilumine, la mano que los guíe, el báculo en que se apoyen.

Su lema ha de ser la fe, la religion, la dulzura, la sumision, el olvido de sí misma. En su corazon ha de anidar la virtud, en su pecho el amor, en sus labios el perdon, y en su alma la misericordia y la paz.

Madres, esposas, si quereis llevar dignamente tan elevados títulos, poneos bajo la proteccion de la Esposa sagrada del Espíritu Santo, de la Madre bendita de Dios.

Acudid á la religion, centro perenne de la completa perfeccion.

La religion es un fanal divino cuya claridad bendita nos guía por la senda del bien; es la antorcha sagrada á cuya luz el mundo y la sociedad salvan los escollos, se alejan del crimen y llegan á los piés de Dios, despues del breve plazo que nos señaló su mano sobre la tierra.

La mujer verdaderamente católica, la mujer que cree y espera, ni puede faltar á sus deberes, ni apartarse jamás del camino de la virtud.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## JESUS DORMIDO.

En un bosque florido  
con prados de esmeralda,  
con limpios arroyuelos  
de cristal y de nácar,  
do murmura la brisa  
ligera y perfumada,  
y á donde el sol esparce  
sus rayos de oro y grana;  
la celestial María  
se encuentra reclinada,  
más bella que la aurora  
y más pura que el alba:  
en sus divinos brazos  
duerme Jesus en calma,  
mientras ella afanosa  
su dulce sueño guarda,  
y con su voz suave  
más que el rumor del aura,  
entona tiernos cantos  
al Hijo de su alma.  
«Sentidos ruiñeñores  
que habitais la enramada,  
arroyos que sembrando  
el prado vais de plata;  
cesad en vuestros cantos,

detened vuestras aguas,  
porque turbais el sueño  
del Hijo de mi alma.  
Brisa que fresca y leve  
de aromas impregnada  
el aire purificas  
y en torno mio vagas,  
no toques de mi Hijo  
la frente pura y blanca;  
no roces sus cabellos,  
sus rizos no deshagas,  
ni el blanco sueño turbes  
del Hijo de mi alma.»  
Abrió el Niño los ojos  
y una dulce mirada  
radiante de ternura  
fijó en su Madre casta;  
brilló en sus puros labios  
de rosas y de grana,  
una sonrisa dulce  
más que la vida grata;  
y entre aquella sonrisa  
murmuró una palabra,  
que estremeció de gozo  
á la Virgen sagrada,  
pues por la vez primera  
dijó «Madre del alma.»

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## EL PÁRROCO DE LA ALDEA.

Divino mensajero del cielo, ángel custodio del hombre, cuyas acciones vas contando para presentarlas á Dios; no inclines tu hermosa frente con desaliento, ni empañes la celeste pupila con una gota de llanto: no anegues tu espíritu inmortal en un extenso mar de amargura, al considerar que solo puedes escribir con lágrimas en tu libro de oro, la incredulidad, el egoismo y las culpas de la humanidad.

Alza la inmaculada sien; levanta la mirada purísima; bate con nuevo afan tus impalpables alas, y ve á decir al Dios uno y trino, que aún la fe ilumina el alma, que aún la esperanza alienta el corazon, que aún la caridad anida en el pecho de muchos de sus buenos y privilegiados hijos.

¡Oh! sí: aún existe la virtud; aún la sublime abnegacion inspira hechos nobles y levantados; aún hay seres que viven, y se consagran, y se sacrifican por sus hermanos.

Y no es necesario para encontrarlos subir á las altas esferas del poder, penetrar en los palacios, ni buscar los poderosos, los magnates, ni los sabios.

En el camino de la vida, en la sencilla senda que nos es preciso recorrer antes de llegar al fin de la existencia, les hallamos á cada paso, ya en el torbellino de las grandes ciudades, ya en el humilde rincón de los pequeños y apartados pueblos.



¡Peregrinos que en la tierra buscan únicamente la vía del cielo!

¡Almas consagradas á Dios, que están en el mundo solo para el amor y el sacrificio, y que olvidándose de sí propias, lloran las miserias de los hombres, y se dedican á guiarlos y á consolarlos, como sus ángeles custodios!

Tipo el primero entre todos esos seres escogidos y perfectos, es el modesto, y humilde y olvidado párroco de la aldea.

Sin ambicion, sin esperanzas, sin recompensa en este mundo, pasa los años consagrado á una improba tarea, difícil, penosa y llena de azares.

Pastor vigilante de aquel puñado de ovejas confiadas á su cuidado, está dispuesto siempre á ilustrar su ignorancia con la luz de su inteligencia; á corregir sus costumbres con su intachable ejemplo; á reprender sus vicios, á sostener sus virtudes, á consagrarles sus horas, su reposo, sus vigilias: á dar, en fin, la vida por ellas.

¡La vida por ellas, sí y no pongais en duda mis palabras, porque existen hechos muy recientes que pueden probar la verdad que encierran.

Hace pocos meses, cuando la guerra franco-prusiana asolaba los campos de la vecina Francia, uno de sus más bellos y encantadores valles ha sido testigo de uno de esos rasgos para los cuales no hay en la tierra premio alguno, porque merecen todo un cielo.

En un pequeño pueblo, cuyas casas blancas y risueñas se ocultaban entre los árboles como una paloma en su nido, sonó de improviso un grito de espanto, y un puñado de soldados alemanes, un destacamento de la columna que mandaba el general B., llegó en son de conquista á invadir aquel suelo regado con el sudor de sus sencillos habitantes.

Estos, sorprendidos en el primer momento, y más expertos en labrar sus campos que en el terrible arte de la guerra, no opusieron resistencia alguna, y los atrevidos invasores, no solamente saquearon sus casas y allanaron sus moradas, sino que al partir se llevaron consigo á algunos de aquellos pacíficos campesinos.

La desolacion fué general, inmenso el sentimiento.

Pero al asombro y al terror primero, sucedió una violenta reaccion: la amistad, el cariño, la compasion alzaron un santo eco en aquellos corazones, y á este eco indefinible y amante respondió un grito de entusiasmo y de arrojo.

—¡Rescatemos á nuestros hermanos, exclamaron cien voces á la par; corramos tras el enemigo y arranquemos de su poder á nuestros infelices compañeros, ó muramos en la demanda. ¡Á las armas!

Y otros instrumentos que los aperos de labranza, otros instrumentos que lo son de muerte, brillan en las manos de los honrados labradores, que abandonan la aldea en pos de sus enemigos.

Conocedores del terreno, marchan por veredas y caminos ignorados, que acortan la mitad de la distancia, pues comprenden que solo una sorpresa puede darles la victoria y hacer-

les conseguir su intento; y en poco tiempo logran adelantarse á la pequeña tropa.

Llegan á una explanada rodeada de árboles y de maleza, y emboscados en la espesura, aguardan ocultos, con la mirada fija y las armas preparadas.

Los alemanes se acercan confiados y sin temor, llevando entre ellos á los infelices prisioneros.

Una descarga inesperada resuena en derredor, el negro humo de la pólvora llena de vagas nubes el ambiente; algunos lamentos de dolor se mezclan á las imprecaciones, á las blasfemias, y al ¡ay! de muerte de un jefe que cae en tierra, exhalando instantáneamente el último suspiro.

Los alemanes se alarman creyéndose acometidos por fuerza mayor; hay en las filas un instante de confusion, y al pensar en defenderse de un peligro más grande, dejan olvidados á los prisioneros franceses. Estos aprovechan aquel instante de turbacion para huir, y sus libertadores, que ven conseguido su objeto, se les reúnen rápidamente, volviendo todos llenos de afan al seno de sus familias.

Mas ¡ay! que repuestos de su sorpresa los invasores, comprenden la verdad y vuelven á la pobre aldea para tomar una sangrienta venganza.

Los indefensos aldeanos van á pagar muy cara su momentánea victoria y la muerte de aquel hombre.

La tropa alemana penetra en la plaza del pueblo, pone en prision á una veintena de labradores, y entre golpes y amenazas se dispone á formarles un consejo de guerra.

Por todas partes se escuchan gemidos, en todos los semblantes se notan la desesperacion y las lágrimas.

Los niños, las mujeres y los ancianos corren desolados á implorar clemencia, pidiendo con el grito de sus almas las vidas de los padres, de los esposos, de los hijos.

Pero la ordenanza es inflexible, y la ley del más fuerte pide á lo menos una víctima en expiacion de la sangre derramada.

—¡Decidme el nombre del que ha intentado esta emboscada, y él solo recibirá el castigo; decidmelo pronto, y si no, los prisioneros todos serán fusilados! grita el jefe lleno de ira, respondiendo á los que pedian misericordia.

El duelo se aumenta, el terror crece, los ayes de agonía resuenan por todas partes.

¿Cómo señalar uno solo, si todos estaban unidos por un pensamiento y por un anhelo?

Las súplicas son vanas, los ruegos desoidos; una hora de término es lo único que pueden lograr al retirarse sin esperanzas á sus entristecidos hogares.

¡Cuánto luto, cuánto huérfano, cuánta viuda: qué horrible espectáculo, pasados aquellos sesenta minutos!

¡Cada cual se esconde en su morada, sin consuelo, sin esperanza, lleno de espanto!

Las calles del pueblo quedan desiertas, la aldea parece un cementerio!

Pero un hombre solo se adelanta y cruza la plaza donde va á efectuarse el consejo. Su



frente venerable está coronada de cabellos blancos; su pecho, donde arde la sagrada llama de la caridad, está cubierto por su ropa talar, y escudado por la imagen de Jesús. En sus miradas hay algo de divino y sobrenatural; en sus labios algo de santo y de sublime. Es monsieur de M., cura párroco de la pobre aldea.

—Señor, dice al jefe del destacamento; deseais saber el nombre del que ha guiado á estos infelices al combate, y ellos lo callan. Lo que por respeto y amor no quieren manifestar, yo vengo á decirlo. Aquí solo hay un culpable, y ese culpable he sido yo!

—Vos! murmura aquel hombre admirado.

—Yo solo, os lo aseguro.

Ante aquella terminante declaracion, nada quedaba que esperar!

El anciano sacerdote francés fué condenado á muerte por los invasores alemanes.

Y sin embargo, nadie se apercibió de aquel terrible suceso.

—Yo soy viejo, se habia dicho el santo párroco, y de nada sirvo en el mundo! Ellos tienen hijos, esposas ó padres por quien velar, bien haya mi muerte si así les salvo la vida!

Y se dejó aprisionar como un criminal, y se preparó para marchar al suplicio.

Sin embargo, antes de entregar sus manos para que fuesen atadas, las extendió un momento para bendecir á su amada aldea, á sus queridos feligreses, á su pequeña iglesia, donde tantas veces habia elevado á Dios su oracion, y cuyas sonoras campanas iban en breve á doblar por él.

Una sola gota de llanto rodó por sus mejillas en esta muda y eterna despedida, en este á Dios del padre á sus hijos!

Luego... inclinó su encanecida frente y marchó hacia el sacrificio!

Entre tanto, el pueblo estaba transformado: á las lágrimas de duelo habia sucedido el llanto de placer: á los tristes ayes, las gozosas exclamaciones.

Los prisioneros habian recobrado la libertad, las familias la alegría; todos se abrazaban bendiciendo la mano que les volvía á su hogar.

Aquellos momentos de gozo indescriptible solo podrá comprenderlos el que, próximo á perder el bien amado del alma, lo recobra por completo y en un momento inesperado.

—¿Quién ha sido nuestro salvador? gritaban por todas partes, ¿quién ha sido?

—¿A quién debemos la vida? ¿quién se ha compadecido de nuestro dolor? ¿quién nos ha vuelto la libertad? seguian diciendo sin cesar.

Y la confusion crecia, y se repetian las preguntas, y nadie sabia contestar al afán de cien corazones agradecidos.

Pero ¡ay! que á las alegres exclamaciones se mezcló de pronto un estruendo aterrador. El ruido de una descarga de fusilería, que repitieron como un lúgubre lamento los ecos de las vecinas montañas.

¡Respuesta solemne y elocuente que el viento traía á sus corazones!

Todos lanzaron un grito de horror.

Aquel sonido anunciaba que cuatro balas enemigas cortaban una vida consagrada al

bien, y que el alma de un justo subía á los cielos, cuyas puertas le abría con su mano el ángel de la santa Caridad.

¡Oh! Señor, ¡qué recompensa habrá recibido aquel anciano, que terminó una vida llena de virtudes con un tan grande sacrificio! La mente humana no alcanza á comprenderla, porque la mente humana es limitada, y tu bondad y tu justicia no tienen límites.

Pero á más de la gloria que hoy le cerca, dilatarán su alma las bendiciones y las lágrimas y las plegarias de que su tumba está cercada; alegran su espíritu las oraciones y la gratitud y el inmenso amor de que cercan su eterno recuerdo aquellos seres que le deben tanto.

¡Oh, Señor! ¡Bien haya la Fe, que es tu luz; la Caridad, que es tu amor; la Esperanza, que es tu sonrisa! ¡Bien haya la religion cristiana, que tales hechos sabe inspirar y que tiene recompensas para tan sobrehumanas virtudes!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## Á UNA NIÑA.

Tú, que aun eres tan pura  
como el blanco lucero  
que la callada noche  
preside desde el cielo;  
cuando mires del día  
el grato albor primero,  
alza tu voz suave  
de virginal acento  
y pide por tus padres  
al Hacedor Supremo:  
ama á la Virgen santa  
con candoroso afecto,  
y siempre que una pena  
sientas, niña, en tu pecho,  
invoca de María  
el nombre dulce y tierno,  
y para tí la calma  
descenderá del cielo;  
pues á las tiernas niñas  
que con cristiano afecto  
bendicen á la Madre  
sagrada del Cordero,  
Dios protege y escuda  
desde su trono eterno  
y la Virgen las guarda  
bajo su manto excelso.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

### Novela de costumbres.

Son apenas las nueve de la mañana.

Van pasadas algunas horas de día, puesto que nos hallamos en uno de los más serenos y apacibles del mes de Mayo.

La naturaleza parece sonreír, iluminada por un sol claro y brillante.

Aquel sol, sin embargo, no alumbra solo alegrías y flores, aunque es la época en que todo se anima y florece, puesto que uno de



sus rayos dorados y puros, va á resbalar sobre la frente de una pobre niña, que sentada á la puerta del magnífico hospital general de la coronada villa, aguarda, sin duda, la hora de entrada.

Aquella criatura apenas cuenta diez años, y es tan hermosa que su cabeza podría servir de modelo para uno de esos ángeles que los pintores colocan al lado de la Virgen María, acompañándola en su dolor.

Hace muchas horas que aguarda allí, y dos ó tres veces ha suplicado al inflexible portero que la permita traspasar aquel umbral, pero él, cumpliendo su consigna, solo ha respondido siempre:

—Espera, espera; no es la hora de entrada todavía.

Al sonar en el vecino reloj las campanadas de las nueve, una expresión de alegría iluminó los hermosísimos ojos de la pobre niña, y levantándose con rapidez de su sitio,

—¡Oh! dijo, ahora sí que ya puedo verla! Y corrió á la portería para penetrar en aquel edificio, albergue de tantas desgracias.

—¿Dónde vas? la preguntó de nuevo el portero; ¿no te he repetido ya cien veces que aún no se puede subir?

—Me ha dicho V. que á las diez....

—Eso es; pero acaban de dar las nueve.

—¡Las nueve!

—Tienes que aguardar una hora.

Aquel pobre ángel desandó de nuevo el camino y volvió á dejarse caer en su puesto murmurando con desaliento:

—¡Una hora todavía! una hora! y ocultó el semblante entre las manos, llorando largo rato en silencio.

La triste niña había pasado la noche sentada en el dintel de aquella puerta, y su viejo vestido de percal se hallaba todavía húmedo del rocío y del relente de la madrugada; estaba pálida, muy pálida; temblaba de frío, y en su rostro se pintaban el pesar, el cansancio, el hambre acaso.

—¡Una hora! repetía sin cesar, una hora y hace tres días que no la he visto, tres días que no sé como está, tres días que estoy sola en nuestra buhardilla que me inspira miedo, y que no he tenido tampoco pan. ¡Oh! ¿por qué correrá el tiempo tan despacio?

Nuevas lágrimas brotaron de sus pupilas, lágrimas que nadie se cuidó de enjugar, y siguió sentada allí á la entrada de aquel asilo que la caridad ofrece al infortunio.

¡Oh! cuántos dolores, cuántas gotas de amargo llanto se habrán derramado ocultas é ignoradas en aquel triste lugar! Cuánta infeliz madre habrá lanzado allí su último suspiro con el corazón desgarrado por no estampar siquiera un beso en la frente de sus hijos antes de dejar la vida! ¡Cuántos hijos habrán tendido en torno una mirada, antes que sus ojos se cierran para siempre, buscando el semblante, las caricias ó la bendición de una madre adorada!

¡Qué triste, qué triste será morir lejos de las personas que amamos, sin poder despedirnos para siempre de ellas, sin recibir el consuelo de sus cuidados y su amor!

¡Qué horrible, qué horrible será el saber que un ser querido, un ser que es la mitad de nuestro corazón, la vida de nuestra vida, espira allí, á algunos pasos de nosotros, sin que podamos verle, contemplarle con delirio, con ese afán que deja su imagen fotografiada en el alma! ¡Pensar que aún está con vida, que aún pudiéramos escuchar sus palabras, que aún pudiéramos besar sus labios, y que tal vez, sin embargo, no le volveremos á ver nunca, ¡nunca! porque antes de separarnos la mano de la muerte, nos separa un muro de piedra y una puerta cerrada á nuestro afán!

¡Oh! Dios mío, Dios mío, si las lágrimas y el dolor purifican, muy limpias y puras llegarán á vuestros pies las almas que suben hasta Vos, dejando sus restos mortales sobre el pobre lecho de un hospital!

El tiempo seguía lentamente su marcha. Los tres cuartos para las diez habían sonado ya: cuando un anciano, decentemente vestido, se detuvo también ante aquella puerta á esperar sin duda como los demás la hora marcada por el reglamento para poder visitar á los pobres enfermos.

El aspecto de aquel hombre era simpático y bondadoso; pero en su fisonomía se notaban en aquel instante todas las señales de una profunda agitación.

La casualidad le colocó junto á la niña cuya hermosura le llamó la atención, y compadecido de la aflicción que demostraba, la miró un momento, y la dijo con cariñoso acento:

—¿Qué tienes, hija mía?

—¡Ay! señor, respondió ella alzando sus hermosísimos ojos, y fijando en su interlocutor una triste y doliente mirada; que no me dejan entrar todavía!

—¿Tienes algún pariente aquí?

—¡Tengo á mi madre!

—¿Y has venido sola?

—¡Sí, no tengo á nadie en el mundo!

—¡Pobre criatura!

—Solo tenía á mi madre, y ella está ahí!

—¿Cómo te llamas, niña? preguntó el anciano compadecido de aquella desgracia.

—Elena! respondió ella con su voz dulce.

Este nombre pareció evocar un recuerdo en la mente de aquel hombre, pues le repitió con insistencia dos ó tres veces, y despues preguntó con un vivo interés:

—¿Hace mucho tiempo que está tu madre enferma?

—Solo tres días!

—Y.... ¿qué tiene?

—Yo no sé!

—¿Que no lo sabes? ¡Oh! haz memoria, hija mía, y dime la verdad.

—Solo recuerdo que aquella mañana se levantó antes que de costumbre, porque habían llamado á nuestra puerta; yo me quedé acostada, porque era temprano todavía, y mi madre me encargó que no hablase ni saliese de la alcoba. Por eso no ví al que había entrado, pero oí que era un hombre, aunque hablaba bajo, muy bajo. ¡Debia ser muy malo, porque mi madre lloraba y él la amenazaba y la afligía! Al fin salió.... y ella quedó sola, sentada en



una silla y derramando tantas lágrimas, que yo no sabía consolarla. Pasó mucho rato: mi madre salió, y cuando volvió á casa estaba muy descolorida; parecía una muerta!

—Y despues, ¿qué le pasó? ¿qué dijo que sentía? preguntó el anciano con afán.

—Despues.... estuvo mucho tiempo escribiendo, y mientras, me miraba con unos ojos muy tristes y decía sin cesar: «Pobre Elena, pobre hija de mi alma....!» De pronto ví que bajó la cabeza y.... que no la alzaba! la llamé y.... no me contestó! Dí voces, acudieron los vecinos y la trajeron aquí! Todos los días he venido á suplicar que me dejaran verla, estar á su lado, porque en nuestra casa tenía miedo; pero siempre ese hombre que está allí me decía: «Vete, vete, pues hoy no es día de visita; hasta el jueves no puedes subir.» ¡Ay! señor, ¡hasta el jueves, y desde el martes no había visto á mi madre!

En aquel instante dieron las diez.

La puerta quedó franca: Elena dió un grito y se precipitó por ella, con otra multitud de infelices que estaban aguardando también.

El desconocido la siguió con rapidez, y dos minutos despues recorrian ambos las extensas salas de aquel vasto edificio.

—¿Dónde está mi madre? preguntaba la inocente niña á cuantos encontraba á su paso; pero todos la miraban y pasaban sin responder!

—¿Dónde está mi madre? seguía diciendo mientras caminaba á la ventura mirando á todas partes con afán.

De pronto se detuvo, exhaló una exclamación de alegría y se lanzó hácia una de las camas junto á la cual había una hermana de la Caridad, sosteniendo con su mano izquierda el cuerpo de una mujer, mientras que con la derecha procuraba acercar un vaso á sus labios.

—Madre! gritó Elena reconociéndola solo por un instinto del alma, puesto que su cabeza, inclinada hácia adelante, no permitía distinguir sus facciones.

La enferma se estremeció terriblemente como si hubiera sufrido una violenta descarga eléctrica: alzó la frente y fijó en su hija una mirada indescriptible de amor, de desesperación, de pena infinita, y movió los labios con afán. Pero aquellos labios quedaron mudos, y aquella frente volvió á caer pesada sobre el hombro de la santa enfermera.

—¡Dios del cielo! exclamó el anciano al contemplar aquel semblante; Dios del cielo, era verdad!

Nadie, sin embargo, escuchó aquellas palabras ni miró el semblante desenchajado del que acababa de pronunciarlas.

—¡Madre, ya estoy contigo! repitió Elena, gritando casi y aterrada ante aquel silencio.

La hermana de la Caridad se estremeció también de aquella inmovilidad, y levantó aquella cabeza que se apoyaba en su seno, dejando ver un rostro hermosísimo, pero pálido, frío, inanimado!

—Muerta, murmuró con dolor dejándola caer sobre la almohada; muerta!

La niña no dió un grito: no pronunció una

palabra; pero sus facciones se descompusieron, sus ojos se dilataron, faltó la tierra bajo sus piés, y hubiera caído al suelo si el anciano, que aún estaba allí petrificado y mudo, no la hubiera cogido en sus brazos.

La piadosa enfermera enjugó con dolor una gota de llanto, y cumpliendo hasta el fin su santa misión, cogió una punta de la sábana para cubrir aquel rostro en que se habían extendido ya las moradas tintas de la muerte; pero al hacerlo, notó que una de las manos del cadáver pendía fuera del lecho y que apretaba entre sus crispados dedos un papel. Tomólo con afán: era una carta cerrada, en cuyo sobre se leían estas palabras: «Al padre Diego de Alvarado, mi anciano y santo confesor; ¡á él solo!»

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## SECCION INFANTIL.

### CORONA DE LA INFANCIA.

#### EL VELO BLANCO.

Hay un día solemne en nuestra vida, tan grande, tan celestial y tan bello, que los mismos serafines nos le envidiarían, si la envidia por un momento tuviera cabida en el cielo.

En él, y por un efecto de la misericordia divina, el alma inocente del niño, más pura aún porque las santas aguas de la penitencia han borrado todas sus faltas, se une á su Dios con más estrecho lazo, y forma un trono de amor inmaculado, donde se asienta, inmortal, infinito y eterno, el Hacedor Supremo de mundos y espacios, de ángeles y hombres.

Una luz más clara alumbra su mente, un afecto más dulce llena su espíritu, y las plegarias, al brotar en su labio, van á espirar entre nubes de incienso ante los piés de la Virgen María, Madre cariñosa de los buenos niños, la cual, sonriendo, las presenta á su Hijo.

¡Oh! vosotros, hijos míos, hermosos niños, blancas estrellas del cielo de la vida, sonrientes alboradas de la existencia del hombre; vosotros, que veis acercarse ese envidiable día, con el candor en la frente y la paz en el corazón, ¿quereis que yo os diga la suprema dicha, el bien infinito que en él os aguarda?

¿Quereis que os cuente una por una las gracias que podeis pedir y lograr en ese día? ¿quereis que á la par os muestre los altos deberes que os impone, los pensamientos que ha de inspiraros, los sentimientos nuevos con que ha de inundar vuestra alma? ¿Quereis, en fin, que hable con vosotros algunos instantes al ir á prepararos para vuestra primera Comunión? Pues bien, voy á hacerlo, sin ciencia, sin estudios, sin conocimientos casi; pero vosotros no lo necesitáis! Para que me entendais bastará que me explique en el sencillo lenguaje de mi alma, porque á los niños no debe hablarse de otro modo.



Además, antes de hacer llegar mi voz á vuestros oídos, yo me pondré bajo el amparo de la Reina augusta de los Angeles, cuyo nombre brota á cada paso de mis labios y de mi pluma, espontáneamente y sin esfuerzo alguno, como brota una azucena purísima en un puñado de mezquina tierra.

Ella, bajo cuyo manto, y al calor del Sagrado Corazón de su Hijo, he puesto siempre y pongo con más empeño desde ahora mis escritos, mis pensamientos, mis acciones y mi vida entera; estoy segura que me ayudará, y que sonreirá llena de ternura al vernos unidos con un lazo de fe y de amor, yo hablando con vosotros de la excelencia del más alto de los sacramentos, y vosotros escuchándome con inocente corazón.

—Ven acá, Luisita, amor mio; tú que tienes el rostro tan bello como el corazón: yo te preguntaré, tú me responderás, y los demás aprenderán escuchándonos. ¿Ves este velo blanco, tan transparente como tu alma, tan delicado como la flor de tu pureza? Es para tí; para cubrir tu frente de nieve tan pudorosa y tan casta. ¿Ves esta corona de azahar? Con ella vas á ceñir tus cabellos. ¡Qué hermosa estarás, hija mía, qué hermosa estarás así de rodillas al pie del altar y cercada de nubes de incienso!

Pero déjale aún; no le toques todavía, y dime primero. ¿Sabes, Luisa mía, que antes de embellecer tu cuerpo con esas galas, antes de adornarte con ellas, es preciso que engalanes tu espíritu con otros atavíos más duraderos y mejores? ¿Sabes que es preciso que las rosas del pudor y la humildad brillen en tu frente, que la llama del amor divino luzca en tu pecho, que la fe arda en tu corazón, que la esperanza se refleje en tus ojos y la verdad en tus labios? Sí, tú sabes sin duda todo esto; sabes también que un Dios grande sobre todas las grandezas, poderoso, inmenso, va á descender desde el cielo á tus labios, desde el altar á tu pecho; pero dime ahora: ¿qué harás para recibirle? ¿qué harás para poder ser digna de tan divino favor?

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## VARIEDADES.

### EL TRÉBOL DE PALESTINA.

Brisas ligeras, saturadas con los perfumes de los elevados cedros del Líbano, y con los suaves aromas de las eternas violetas del valle de Zabulon: auras que meceis con vuestras alas, ya las doradas espigas del Egipto, ya las misteriosas y escogidas rosas de Jericó: vosotras, que tibias y murmuradoras os agitaís y cruzáis volando, desde las matizadas faldas del Carmelo hasta las frescas y encantadas riberas del Jordán; vosotras, que rozáis con vuestras alas los olorosos arbustos y levantaís á vuestro paso olas invisibles de encantadoras ambrosías; ¿por qué pasáis desdeñosas, sin tocar el cáliz de esa modesta flor que apenas levanta su corola del suelo? ¿Es porque igno-

rada y humilde no tiene entre sus blancas hojas ni belleza ni galas? ¿Es porque inodora y pequeña no puede ofreceros un grato perfume?

¡Oh! no, no cruceis á su lado sin concederla un beso ó un suspiro. Si ayer era la menos bella y menos codiciada de las praderas de Jerusalem, el Dios que descendió de los cielos para humillar á los soberbios y elevar á los humildes, ha fijado en ella su mirada, y la ha concedido un don que la dá mayor precio que el de todas sus hermanas, las otras flores.

Ella vivía olvidada y sola en la falda oriental del monte de las Olivas, y en el más ignorado rincón del celebrado Getsemani.

El sol de Judea la iluminaba con sus rayos, la luna de Palestina derramaba en ella su luz de plata, sin dejar entre sus pétalos un destello de hermosura.

Pero una noche sin luz, opaca y triste como los sucesos que debía envolver en sus sombras, el Hijo de Dios, el Hijo de María, llegó sombrío y angustiado hasta el oculto asilo donde se alzaba la pobre flor; allí cayó de rodillas y oró largo rato con la frente en el polvo y el desaliento en el corazón.

Los dolores del porvenir oprimieron el alma de Jesús: el horror de la muerte aterró por un momento su espíritu, y por un momento también las terribles amarguras de su alma se reflejaron en su hermoso rostro. ¡Una sola lágrima empañó su divina pupila, y algunas manchas de sangre tiñeron el sudor que brotaba de su soberana frente! ¡Nadie, sino Dios, como Dios, pudo comprender aquel momento de angustia y debilidad que le acongojaba como Hombre! ¡Nadie en el mundo pudo ver ni adivinar aquel dolor. Solo la humilde flor le presenciaba, y estremecida ante aquel inmenso sufrimiento, dobló su nevado cáliz y derramó una gota de llanto! Líquida perla que el fresco rocío había derramado en su seno!

Jesús la vió caer, sintió con ella confortado su pecho, porque encerraba las primicias de la caridad y del amor, y queriendo premiar el sentimiento de aquella purísima compasión, dejó caer sobre las blancas hojas de la flor tres gotas de su preciosa sangre, dándole á la par belleza con ellas, y perfume con un suspiro de su bendito y sacrosanto labio!

Desde entonces las flores más preciadas tienen envidia del Trébol de Palestina; los campos de Alejandría se enorgullecen con su aroma; las vírgenes de Judá adornan con él sus rubios cabellos, y los ángeles le añaden á las que forman su corona.

¡Brisas que desplegaís las leves alas bajo el risueño y poético cielo de Galilea, no, no paseis junto á la humilde flor sin concederla vuestras caricias y vuestros besos, porque el Divino Hacedor, en cambio de una gota de llanto, la embelleció con su sangre y con su aliento le dió perfume!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros suscritores que hagan circular entre sus amigos el presente periódico.

Asimismo rogamos á los señores que le reciban, y deseen suscribirse den aviso á esta Administración, pues no se seguirán enviando los números siguientes sin este requisito.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.